

medio de un ruido inmenso interrumpido por fuertes gritos: todos querian subir al Gólgota; los niños medio sofocados lanzaban gemidos. Luego que se llenó el estrecho espacio del Calvario, el resto de la multitud fué despiadadamente rechazada por los comisarios musulmanes y los genizaros de San Salvador, y en medio del desórden mas tumultuoso fué como llegamos al altar de la crucifixion.

El gran Crucifijo llevado á la cabeza de la procesion por un religioso latino, fué puesto al pié del altar construido en el lugar en que espiró el Salvador. El padre español á quien habiamos oido en la estacion del *Improprio*, se arrodilló ante este Crucifijo y continuó su discurso con lágrimas en los ojos: cuando llegó á la última hora del Salvador, el sacerdote español rompió en sollozos. En cuanto á mí, me vi penetrado de un santo terror cuando oí al cenobita, con su estola negra y su ropa de lana oscura, contarnos la muerte ignominiosa del Salvador, en el lugar mismo donde el Salvador fué inmolado; porque estaba yo sobre el Gólgota, donde fué plantada la cruz; porque hollaba yo la montaña que bebió la sangre de Jesucristo. ¡Qué de tristeza! ¡Qué de pensamientos! Un Dios que se hace hombre para morir, y para morir inocente, ¿no hay en este misterio un tierno ejemplo, un consuelo sublime para la humanidad? El mundo tenia necesidad de ver morir á un Dios para que la imágen de la muerte pareciese ménos horrible: el hombre podia entrar con ménos dolor en el sepulcro, des-

pues que Dios mismo habia entrado. Pobres hombres á quienes ha herido la espada de la injusticia, mirad esa cruz donde pereció el Santo de los santos: ¡vosotros, mortales, á quienes el genio ha hecho dioses, y que desconocidos de vuestros contemporáneos no recogéis sino desdeñosa indiferencia ó humillaciones: nobles hijos de la tierra, marcados en la frente con el sello divino, cuyos dias ignorados se consumen en pensamientos ardientes, levantad los ojos, ved aquí al padre del Evangelio y al Salvador del mundo suspendido del madero infame! Este es su trono, y su altar; y su corona es una corona de espinas. En la prision, en el destierro, en el cadalso, ¡cuántos han podido esclamar como Cristo sobre el Gólgota: *Dios mio, Dios mio, por qué me has abandonado!*

El Crucifijo de la procesion fué plantado en el lugar mismo en que fué plantada la cruz del Salvador. Despues de un nuevo discurso sobre la pasion, un religioso puso devotamente una banda blanca por los brazos del Cristo, le quitó la corona de espinas y desclavó sus piés y sus manos con un martillo y unas tenazas: la corona y los clavos quitados, fueron sucesivamente besados respetuosamente por el sacerdote, mostrados á la adoracion de los fieles y depositados despues en un vaso de plata. A medida que uno de los brazos del Cristo era desclavado, el brazo caia por sí mismo como el de un muerto. Despues fué bajado el Cristo de la cruz de la misma manera que fué bajado el Salvador despues que espiró. Este espectáculo me ha-

cia estremecer: asistia yo á esta escena tan terrible y tan solemne, que ensangrentó el Calvario diez y ocho siglos hace. La impaciente curiosidad de la multitud no habia podido ménos de aumentarse, y en medio del vasto murmullo, se distinguian los gritos de los niños, los gemidos de las mugeres y de las jóvenes, á quienes sofocaba la multitud.

Descendimos de la montaña santa para ir á la *pie-
dra de la uncion*, donde fué embalsamado el cuerpo del Hijo de María. El Cristo fué envuelto en una sábana, y cuatro religiosos revestidos con estola negra, le llevaron piadosamente como se conduce un cadáver. Un velo blanco cubria la piedra de la uncion: se habia colocado allí una almohada de terciopelo negro, sobre la que descansaba la cabeza del Cristo, en cada uno de los cuatro ángulos de la piedra estaba un jarron de plata que despedian perfumes. Puesto el Cristo sobre el mármol sagrado; el celebrante se arrodilló para regar la imágen del Salvador con esencia de rosa, y quemar perfumes alrededor de ella. Despues de algunos instantes de recogimiento, el padre latino que desempeña en Jerusalem las funciones de cura, pronunció en árabe un discurso, que se dirigia principalmente á los católicos del pais: estaba subido sobre uno de los pilares próximos á la puerta de la iglesia, y todos los asistentes, aun los musulmanes, le escuchaban con una religiosa atencion. Acabado este discurso nos dirigimos hácia el lado del Santo Sepulcro: cuatro religiosos llevaban el Cristo en una sábana blanca: la san-

ta imágen fué depositada sobre el mármol del sepulcro. Allí oimos un último discurso en lengua española, y así terminó la lúgubre ceremonia.

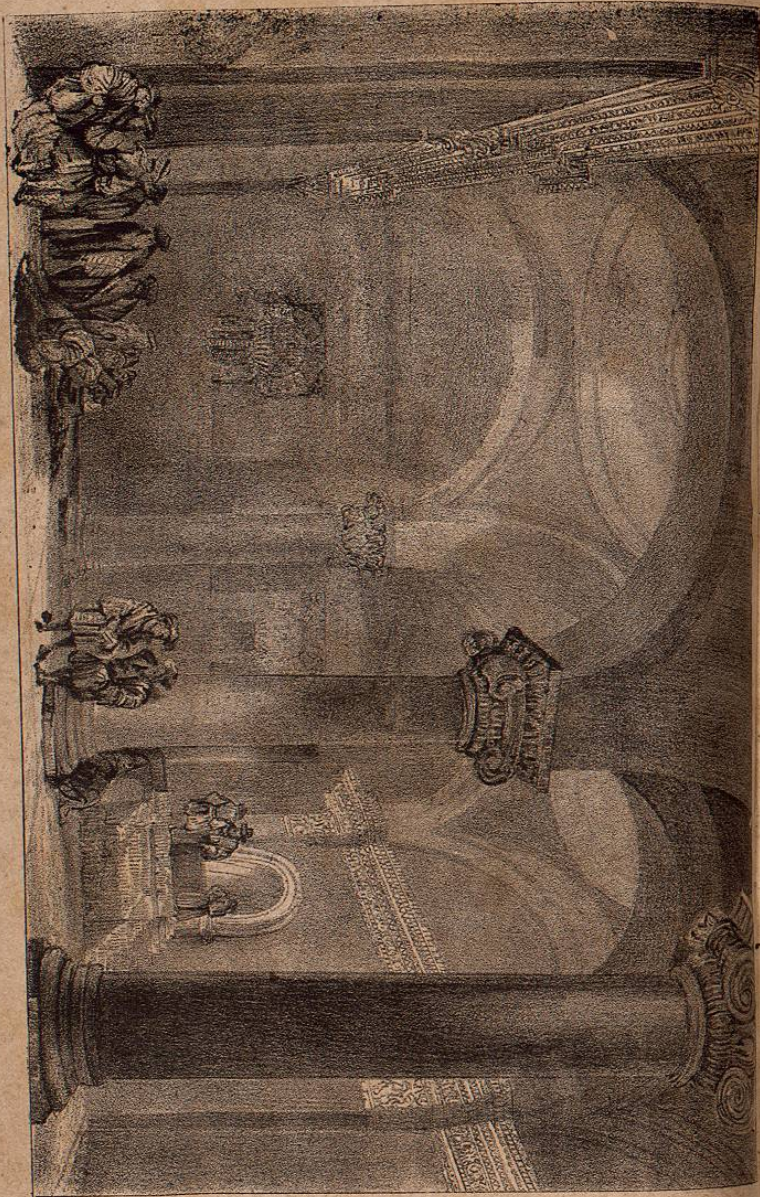
Son las diez de la noche: vamos á salir de la iglesia del Santo Sepulcro, para irnos al convento latino de San Salvador.

Sábado Santo.--Las ceremonias latinas del Sábado Santo nada me presentaron de notable: ví como en nuestras iglesias la bendicion del agua, del fuego nuevo, y del cirio pascual. Los cantos del dolor y de la penitencia cesaron, y el alegre *alleluia* resonó en torno del Santo Sepulcro. La tierra que estaba de duelo por la muerte de Jesucristo se conmueve, y levanta al cielo un himno de alegría, porque Cristo ha levantado la piedra de su sepulcro, y vestido de luz y de gloria ha ido adonde van todos los hijos de Dios. Despues de una vida llena de pobreza y de ignominia, un sepulcro glorioso: despues de la noche del sepulcro, el sol de la resurreccion. En la historia de las cosas de la tierra, mas de un genio desconocido y desdichado ¿no se ha visto obligado á pasar por la tumba para llegar á la admiracion de los hombres?

Día de Pascua.--Hoy día de pascua, los católicos de Jerusalem se revistieron con sus mas hermosos vestidos de fiesta: su tristeza habitual cedió á una especie alegría religiosa que me conmueve. Nuestros religiosos latinos recobraron tambien su frente alegre: la fisonomía del monasterio parecia haber perdido algo de su austeridad. A media noche los cenobitas se reunieron en la iglesia del

Santo Sepulcro, para cantar los primeros oficios del día. Esta mañana entré en el Santo Sepulcro con mas emocion que de costumbre: leí allí la relacion siguiente que la Iglesia repite en este día. „Un ángel del Señor bajó „del cielo, y vino á voltear la piedra (del sepulcro), y se „sentó sobre ella, y dirigiéndose á las santas mugeres que „estaban presentes, les dijo: no temais, sé que buscais „á Jesus crucificado; pero ha resucitado: aproximaos „y ved el lugar donde habia sido puesto el Señor. Y „habiendo entrado las mugeres en el sepulcro, percibieron á la derecha un jóven vestido con una túnica „blanca, y quedaron penetradas de terror. No temais, „les dijo el jóven, el Jesus á quien buscais ha salido „de su sepulcro.” ¡Cuánta simplicidad al cantar estas maravillas!

A las ocho de la mañana el Santo Sepulcro estaba cubierto de antorchas y de flores: un altar ricamente adornado, se habia levantado á la puerta del sepulcro, como el día de las palmas y el Jueves Santo. Una misa solemne, á que asistía una multitud de cristianos y de turcos, vino á consumir las imponentes ceremonias de esta gran semana. Despues de la misa se cantó en coro, segun un uso antiguo, el famoso salmo *Exaudiat* por el rey de Francia. Miéntras el canto, uno de los cenobitas se acercó á mí, y me preguntó de parte del celebrante cómo se llama nuestro nuevo rey para pronunciar su nombre en la oracion que sigue al salmo. „En los meses de Noviembre y Diciembre últimos, en „la época de mi paso por Constantinopla y por Smir-



„na, la fama pronunciaba el nombre de Luis Felipe.” En otros tiempos este salmo y esta oracion por mi patria en la puerta del Santo Sepulcro, habrian hecho palpar mi corazon con una noble alegría, con un piadoso orgullo; pero hoy todos estos cantos me han entristecido recordándome nuestras últimas desgracias: pobre Francia, á quien arrastran los negros destinos, arrodillado al pié del sepulcro del Salvador del mundo, pido para tí un salvador, hombre ó Dios.

